



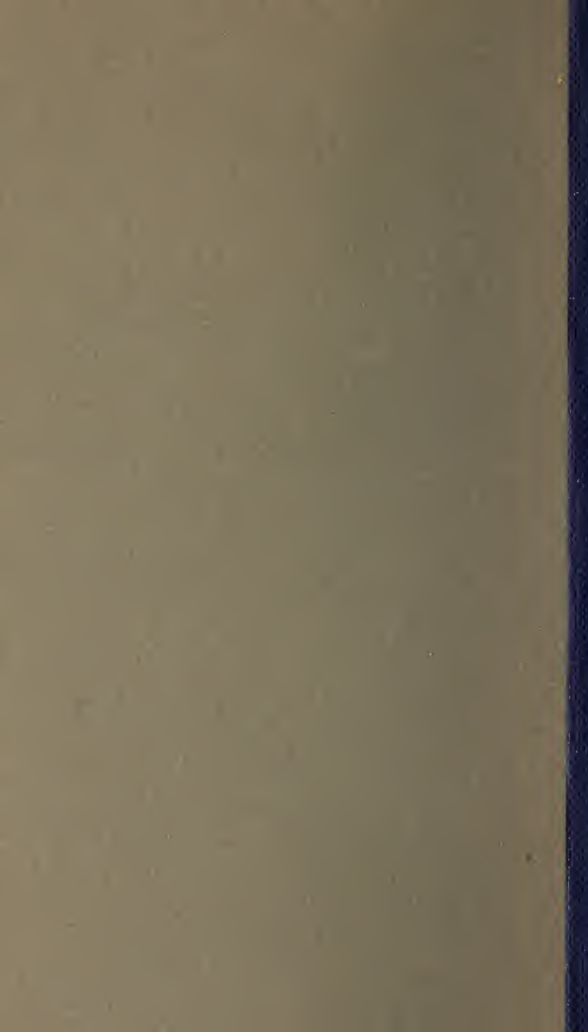
3 1761 09545287 6

LS

I153e

Icaza, Francisco A. de

Efimeras.



FRANCISCO A. DE ICAZA

EFÍMERAS

MADRID
M DCCC XCII

A. 913

EFÍMERAS



Digitized by the Internet Archive
in 2013

<http://archive.org/details/efmeras00icaz>

LS
I153e

EFÍMERAS

POR

FRANCISCO A. DE ICAZA

CONFIDENCIAS

PARÁFRASIS—POEMAS ÍNTIMOS

MADRID

M DCCC XCII

318983
26. 8. 35

ES PROPIEDAD

MADRID, 1892.—Est. tip. « Sucesores de Rivadeneyra »
Paseo de San Vicente, 20.

CONFIDENCIAS

MI MUSA

Tiene rayos de sol en su cabello
Y palidez de luna en su semblante,
Y en sus ojos, cual cifra de lo bello,
Cielos y mar: lo inmenso y lo distante.

En su boca risueña y tentadora
Del bosque virgen el encanto asume;
Es el beso de Céfiro y de Flora,
Unión de la frescura y el perfume.

Es su cuerpo de nieves y de fuego;
Tiene, cual las mujeres del Tiziano,
Con la serenidad del arte griego
Las delicadas formas del cristiano.

Cuando con gracia y altivez camina,
Tiemblan las curvas de su talle esbelto
Y á Diana cazadora se adivina
Tras de los pliegues del ropaje suelto.

Ropaje que es pep!ón de Mnasidice
Y es la veste de Ofelia y Margarita:
El blanco traje que tristezas dice
Y el traje blanco que al placer incita.

Su espíritu es dulzura y fortaleza
Y vence siempre en las humanas lides;
Lo engendraron la Fuerza y la Belleza,
Como el Amor que canta Simonides.

Yo soy su esclavo y á la vez su dueño;
Sólo existe en mis gratas fantasías,
Que en los mundos fantásticos del sueño
Juntos vivimos en pasados días.

Cuando le digo con la voz de Alceo
«Ámame, necesito ser amado»,
En el dórico umbral del gineceo
Me ciñe con su brazo sonrosado.

«P edir amores el amor me veda»;
Canto cual Ventadorn; y alza el rastrillo
Ó echa la escala de tejida seda
De la ojival ventana del castillo.

Como son sus amores de los cielos,
No muevè á sus rivales cruda guerra.
¿La han de turbar con punzadores celos
Mis vulgares amores de la tierra?

Yo le rindo mi culto reverente
Sin el anhelo de viril conquista,
Y aduno á los arrobos del creyente
El amor imposible del artista.

EL PLACER DE LOS DIOSES

¿Qué quieres?..... soy así. Por el amigo
Dispuesto estoy á dar vida y hacienda;
Pero una vez lanzado á la contienda,
Implacable he de ser con mi enemigo.

Odios y amores en el alma abrigo;
El que burlado fué, que me comprenda:
Ya de mis ojos arranqué la venda
Y odios y amores morirán conmigo.

Tu consejo es injusto aunque es cristiano,
Que la razón á comprender no alcanza
Que se ame al enemigo como á hermano.

Yo castigo el ultraje sin tardanza,
¿Qué quieres?. ... así soy; nací pagano,
Y es placer de los dioses la venganza.

1891.

ESTANCIAS

Este es el muro, y en la ventana
Que tiene un marco de enredadera,
Dejé mis versos una mañana,
Una mañana de primavera.

Dejé mis versos en que decía
Con frase ingenua cuitas de amores;
Dejé mis versos que al otro día
Su blanca mano pagó con flores.

Este es el huerto, y en la arboleda,
En el recodo de aquel sendero,
Ella me dijo con voz muy queda:
«Tú no comprendes lo que te quiero.»

Junto á las tapias de aquel molino,
Bajo la sombra de aquellas vides,
Cuando el carruaje tomó el camino,
Gritó llorando: «¡Que no me olvides!»

Todo es lo mismo: ventana y yedra,
Sitios umbrosos, fresco emparrado
Gala de un muro de tosca piedra;
Y aunque es lo mismo, todo ha cambiado.

No hay en la casa seres queridos;
Entre las ramas hay otras flores;
Hay nuevas hojas y nuevos nidos,
Y en nuestras almas nuevos amores.

1890.

CÉLULA Y HOJA

Lo sé bien: el amor te dió el secreto
Que es sólo de los dioses conocido;
Llamaste á las abejas del Himeto
Y aquí lograste que formaran nido.

Y tu álbum es panal, y es cada hoja
Célula blanca que la miel derrama,
Y que, al abrirse, de su fondo arroja
Perfumes de tomillo y de retama.

Una me ofreces; blanca está la cera
Y la miel de mis versos necesita;
Para llenar tu empeño ser quisiera
La abeja enamorada de Afrodita.

Llegar hasta los labios de la diosa,
Bajo el laurel del Atica dormida,
Y libar en su boca primorosa
Las mieles del amor y de la vida.

Y ofrecerte después en mis canciones,
No la esencia de mirtos y de nardos,
Sino la que esclaviza corazones
Y en la que moja la pasión sus dardos.

PAISAJE

Esfúmase en el pálido horizonte
Entre la niebla gris el caserío,
Y el torrente desbórdase bravío
Por el declive del lejano monte.

No hay en el soto quien la lluvia afronte,
Y el brumoso paisaje es tan sombrío,
Que un tronco seco que arrebatara el río
Me parece la barca de Aqueronte.

El panorama á meditar convida;
Tristeza en el hogar, borrasca afuera:
¿En dónde está la calma apetecida?

Enfermo y solo, mi alma desespera...
¿Y á esto se llama juventud y vida!
¿Y á esto se llama abril y primavera!

1890.

DE MIS RECUERDOS

Llegaron hasta nosotros,
En acompasados ecos,
De una música lejana
Risas, cantos y lamentos.

Era mediada la noche;
En el transparente cielo
Las estrellas irradiaban
Con diamantinos destellos.

Y un jirón de nube oscura
Que flotaba allá, muy lejos,
Con su obscuridad hacia
Más azul el de los cielos...

Ella y yo, cerca, tan cerca
Que mecidas por el viento
Acariciaban mi frente
Guedejas de sus cabellos;

Que mis labios, de amor mudos,
Con avidez y con miedo
Aspiraban temblorosos
De los suyos el aliento;

Que al estrecharla en mis brazos
Con amor, no con deseo,
Unidos los corazones
Palpitaron en el pecho:

Y entonces, amor lo hizo,
Sin pensarlo y sin quererlo,
Juntáronse nuestros labios
Atraídos por el beso...

¡Horas que pasáis de prisa,
Tornad el rápido vuelo,
Y traedme la frescura
Del amor de aquellos tiempos!

Que al cruzar por mi memoria
En bandada los recuerdos,
Misteriosas armonías
Llenan los aires de nuevo,

Y me parece que escucho,
Á intervalos de silencio,
De una música lejana
Risas, cantos y lamentos.

GLADIATORIE

Á un suicida.

En el combate de la vida humana
Vencido fué por la contraria suerte,
Y ya la sangre que su pecho vierte
Corre en la arena que se tiñe en grana.

Le insulta aun la turba que villana
En las gradas del circo se divierte
Comentando detalles de su muerte
Como lo hiciera la crueldad romana:

Y al olor de la sangre, enardecida
Espera ver el espoliarío abierto,
Arrastrar el cadáver del suicida,

Y execrar su torpeza y desacierto,
Cantando las dulzuras de la vida
Frente á la triste rigidez del muerto.

1885.

ÚLTIMO AMOR.

Como se adhieren los musgos
Á la inaccesible peña;
Como en los ruinosos templos
Brotan las silvestres yerbas;

Como en los viejos castillos,
Poblados por las leyendas,
Prende sus flores azules
En festones mil la yedra,

Y en el rincón del humilde
Cementerio de la aldea
A las tumbas ignoradas
Dan su aroma las violetas:

En mi corazón de roca,
Que es templo de mis creencias,
Que fué alcázar de ilusiones
Y castillo de quimeras,

De las que sólo las ruinas
En los recuerdos me quedan,
Nació tu amor como nacen
Entre la sombra las perlas.

No tiene los arrebatos
De las pasiones primeras,
Ni tiene llantos y risas,
Inmenso placer y penas;

Pero tendrá la constancia
De los musgos de las peñas,
El misterio de las ruinas,
Poesía de las leyendas,

Y la quietud inefable
De la paz y la tristeza
De las tumbas ignoradas
Que perfuman las violetas.

CREER Y AMAR

Quiero creer y amar: si mi creencia
En el bien y el amor es loco ensueño,
Y tú que dudas y odias eres dueño
De la verdad que guarda la experiencia;

Soy enfermo incurable; sí, la ciencia
Me ofrece en vano cuidadoso empeño:
Odio su voz, sus máximas desdeño,
Y encariñado estoy con mi dolencia.

No me arredra el presente, que si airado
Se llega á mí, con el placer perdido
Tengo en la mente el porvenir soñado.

Queda con tus recelos y tu olvido,
Que no cambio mis penas de engañado
Por tus dichas de cuerdo y de advertido.

1886.

IDEALES

I.

De mirtos y de rosas coronada,
Desnudo el seno que al placer provoca,
Lánguida y ardorosa la mirada,
Húmeda y dulce la entreabierta boca,
Pinta el heleno á la mujer soñada
Si el pectis jonio enamorado toca.

II.

Suelto el cabello, pálido el semblante,
Envuelta en vaporosa vestidura,
Los labios secos, y el mirar radiante
Retratando el dolor y la locura,
Canta á su dama el trovador errante
Que amores sueña y llora desventura.

III.

Yo la siento en extraño desvarío
Cuando amorosa hasta mi lado llega
Y llora mi pesar, por ser el mío,
Ó á los espasmos de mi amor se entrega
Encarnando el romántico albedrío
En las clásicas formas de la griega.

AL VUELO

Si es tu voluble espíritu la abeja
Que sólo busca deleitosas mieles
De las almas en flor, tu intento deja
Y no te acerques, ni á mi lado vueles.

No encontrarás el zumo perfumado,
Y es peligroso tu galante juego;
Quien te mira se rinde enamorado,
Y mi amor hacia ti será de fuego.

Aunque me atraiga tu beldad suprema;
No me deslumbran tus brillantes galas:
Y el amor es contagio, el fuego quema,
Y si te acercas perderás las alas.

1888.

HÁBLAME

Háblame, tus palabras cariñosas
Son música que llega á mis oídos
Con sugerencias de lejanas cosas,
De seres muertos y de amores idos.

Tus palabras me arrancan de la tierra
Y conmovido á mi pesar te escucho:
No sabes la ternura que se encierra
En la frase vulgar «te quiero mucho».

¡Despiértanse al oír las sensaciones
Que tuve tanto tiempo adormecidas,
Que en dulces y armoniosas vibraciones
Escucho tus palabras repetidas!

Sacudo el cataléptico letargo,
Savia de amor agólpase á mi pecho;
El sueño ha sido tenebroso y largo,
Trémulo me incorporo sobre el lecho.

Dime esa frase que el amor inspira;
Me engañas, ya lo sé; pero ¿qué importa,
Si es tan bella y tan dulce tu mentira!
Miente y hazme feliz..... la vida es corta.

Á SOLAS

*In occulto mæstus eram. Non
cujusquam hominis superbe interpre-
tantis ploratum meum.*

S. Agustín.

Temo la compasión más que la mofa;
Por eso finjo imperturbable calma;
Pero, á veces, de lo íntimo del alma
Se escapa mi dolor en una estrofa.

No hay en ella ternura: nada alegre
La pena enorme que en el alma abrigo,
Y la estrofa es tan fúnebre y tan negra
Que hasta me causa risa y no la digo.

Siento una especie de pudor del llanto;
Cuando me baten las cóntrarias olas,
Mi espíritu repite con el Santo:
«Necesito llorar; dejadme á solas.»

1888.

ESPÍRITU Y FORMA

No conocéis el íntimo combate
Que el pensamiento con la forma libra,
Cuando busca la fuerza que equilibra
El módulo y la víscera que late;

Un lazo oculto que las sombras ate
Con la luz y el color, la interna fibra
En la palabra que armoniosa vibra
Y que á la vez suspenda y arrebate.

¡Oh! cuán ardua y penosa es la tarea
Del que tiene el aliento que transforma
Á la materia inerte en Galatea,

Y el más alto ideal busca por norma;
Que enamorado siempre de la idea,
Persigue en vano la rebelde forma.

1888.

EN VOZ BAJA

¡Ay, si fuesen mis estrofas
De las que llegan al alma!
De las que una vez oídas
En la memoria se graban,

Y en el corazón encuentran
Misteriosas resonancias,
Porque despiertan recuerdos
Ó hacen nacer esperanzas:

Entonces si pensaría
Unas íntimas estancias
Para decírtelas quedo,
Á ti que sabes amarlas.

Y teniendo entre mis manos
Esas manecitas blancas,
Entrecerrando los ojos
Para no perder palabra,

Cuando tú las repitieras
Con esa voz de inspirada,
Que tiene en sus vibraciones
Indefinibles y vagas,

Eso que le dice el viento
En primavera á las ramas,
Y eso que dicen las olas
Al morir sobre la playa;

Mi pobre espíritu enfermo,
Recobrando fuerza y alas,
De nuevo se lanzaría
Á las empresas más altas.

Pero no esperes que hable;
Al verte mi lengua calla.
¡Ay, si fuesen mis estrofas
De las que llegan al alma!

VIBRACIONES

¡Que te gustan mis versos, María!
Esa frase es un lampo de gloria.
Conociéndote, nadie diría
Que los pueda guardar tu memoria.

Ese verso nació de emociones
Que tu ser ni siquiera presiente;
¿Cómo pudo encontrar vibraciones
Al llegar á tu alma inocente?

La inocencia redime al que toca;
Ese extraño secreto le basta
A la estrofa, sensual en mi boca,
Para ser en la tuya tan casta.

Y en tus labios la frase blasfema
Que me arranca un dolor sin consuelo,
Es un grito de angustia suprema
Implorando la gracia del cielo.

Que es tu ser misterioso incensario
Que la amarga resina consume,
Que la lleva del alma al santuario,
Y la esparce trocada en perfume.

Toda estrofa será noble y tierna
Cuando el labio al decirla entreabras:
Vibrará con la música interna
Que tu acento les da á las palabras.

1890.

OTOÑAL

Han callado las cigarras;
No fingen un mar los trigos
Cuando el céfiro en la siesta
Mece los campos dormidos;

El viento llega impregnado
Del acre olor de los pinos,
Circulan por el ramaje
Misteriosos calosfríos;

Bajo del toldo de parra
Tiembla el último racimo,
Y en los aleros las aves
Abandonaron sus nidos.

Con el rostro entre las manos,
Silencioso y pensativo,
Desde la abierta ventana
El campo brumoso miro;

Dentro del alma sintiendo
Algo del paisaje mismo:
La tristeza resignada
De un cielo gris y tranquilo.

¿PARA QUE?

¡Que escriba! ¿y para qué? si no consiste
En la gloria la dicha; si presente
Llevo en el alma que la astucia miente,
Que el odio acecha y que la envidia existe.

Tú eres ejemplo vivo: tú sentiste
Las hojas del laurel sobre la frente,
Y vives para todo indiferente
Y estás desengañado y estás triste.

Yo soy en mis dominios soberano:
Déjame con mis sueños; soy cobarde,
Y dejo ociosa la robusta mano.

Que espere el libro y que la pluma aguarde;
Quizás para escribir fuera temprano,
¡Para el amor, mañana será tarde!

1891.

LO IMPOSIBLE

Ella altiva y tenaz y yo inflexible,
Nos conocimos, y de extraño modo
Sucedió lo imposible,
Porque en amores es posible todo.

Y es nuestro amor, que llama verdadero,
Dolór que hace reir, beso que crispa,
Choque del pedernal con el acero
Del que brota la chispa.



PÓRTICO

Al recordar la desnudez del muro
Guardador de la Alhambra de Granada,
¿Quisiste acaso que mi nombre obscuro
De este libro adornase la portada?

¿Soñaste con las bóvedas de encaje,
Y de la luna al pálido vislumbre
Con bosques de columnas y follaje
De calado arabesco por techumbre?

¿Al lado de la fuente que murmura
Junto á los solitarios alhanies,
Arrastrando su blanca vestidura
Miraste abencerrajes y zegries;

Y el viento, perfumado de azahares,
Trajo el dulce cantar hasta tu oído
De un ave que en la torre de Comares
Hizo en un verso del Korán su nido?

Pues la Alhambra es tu álbum: no le abras
Sin pensar que en el pórtico, María,
No hallarás arabescos de palabras,
Luz, aromas, amor y poesía.

Al fulgor de tus ojos soñadores,
Sus páginas tomando por proscenio,
Á bordar con arábigos primores
Vendrá más tarde enamorado el genio.

Y como el ave que en el nido canta
Entre las frases que dictó el Profeta,
Imitando el trinar de tu garganta,
Entre estas hojas cantará el poeta.

Granada, 1889.

ET NUNC ET SEMPER

¡Siempre! No digas eso, es imposible;
Te engaña el corazón, otra es la vida,
Porque la ley del tiempo es inflexible
Y el que más ha querido más olvida.

Es muy triste, lo sé; y acaso ignores
Que aprendí de la vida en el empiezo
Que el término fatal de los amores,
Cuando no es el suspiro, es el bostezo.

Pensando en ti la saciedad me espanta:
¡ Los nudos de tu amor lacios y flojos!
Antes quiero el sollozo en mi garganta
Y el lloro desbordándose en tus ojos.

Deja que parta; emprendo mi camino
Sin maldecir el duelo que me aqueja:
Más sabio que nosotros, el destino
Que hasta ti me llevó, de ti me aleja.

Protector es quizás de mi ventura
Cuando se opone al temerario empeño
De convertir en realidad impura
El casto amor que acarició tu sueño.

He sido ya feliz; en mi memoria
Tu recuerdo será sostén y auxilio :
Has escrito una página en mi historia
Con la tinta de rosas del idilio.

1890.

PARÁFRASIS

¿QUÉ IMPORTA?

Stecchetti.

Yo no quiero saber lo que se esconde
Tras de la frente que besó mi boca,
Y si tu pecho á la virtud responde,
Ni averiguar ni discutir me toca.

Si mentiste el dolor y la alegría,
No esgrimirá mi mente el escalpelo
Para hacer la traidora anatomía
Del instante de amor que fué mi cielo.

Apuramos la copa hasta las heces;
Tu vino me gustó, porque era bueno,
Y no he de meditar, como otras veces,
Si lo bebí mezclado con veneno.

¿Qué me importa? ¿Eras noble? ¿Fuiste artera?
¿Impura fuiste, ó hasta entonces casta?
Si nos amamos una tarde entera,
Fuimos felices una tarde, y basta.

1888.

LA MARGARITA

E. Panzacchi.

Soy la blanca sibila de los prados;
Doy respuestas de amor, y con mis hojas
Digo si son queridos ó engañados
Los que me cuentan íntimas congojas.
Soy la blanca sibila de los prados.

Vive amor entre dudas y temores:
Tierno y esquivo, triste y venturoso,
Une á la claridad de los albores
Las sombras del ocaso misterioso.
Vive amor entre dudas y temores.

¿Me quiere ó no me quiere? es el problema
Tormento y dicha de la vida humana;
Nosotras resolvemos el dilema,
Pero vosotros preguntáis mañana:
¿Me quiere ó no?... y eterno es el problema.

1890.

PÓSTUMA

Stecchetti.

Si cuando llegue la nocturna sombra,
Al abrir con sigilo la ventana,
Piensas que escuchas una voz lejana
Que se queja doliente y que te nombra;

Si de los prados en la verde alfombra,
Cuando brille la luz de la mañana,
En la flor que tus trenzas engalana
Sorprender una lágrima te asombra,

No imagines que es gota de rocío
Y que te engaña un triste pensamiento;
Sabe que aquel es llanto, y llanto mío,

Que no se queja entre la sombra el viento,
Que yo me muero, y al morir te envío
Mi última trova y mi último lamento.

1887.

HIELO.

Stecchetti.

Deja que mis dolores te confíe:
La pálida beldad color de cera
No llora nunca, ni jamás se ríe,
Aunque en mis brazos se abandone entera.

La nieve de su ser no se deslía
Al claro sol de voluntad sincera;
No hay en sus ojos faro que me guíe,
Ni entre sus besos alma que me quiera.

¡Ay! cuántas veces en mi obscuro lecho,
Ardiendo en la pasión que me devora,
Entre mis brazos con furor la estrecho,

Y me sorprende la indiscreta aurora
Llorando, al contemplarla, á mi despecho,
Helada siempre, y siempre tentadora.

1887.

LA GLORIA

Quental.

No ambiciono la gloria ni la fama:
Es el aplauso pasajero ruido
Con que halaga un instante nuestro oído
La turba que nos befa ó nos aclama.

¿Qué es el laurel sino la verde rama
Del bosque misterioso en que escondido
Está siempre el renombre, eco perdido
Que más se aleja del que más lo llama!

Sí, Teresa; la gloria es humo vano,
La fama en lo presente es ilusoria,
Para lo porvenir es un arcano;

Pero graba mi nombre en tu memoria,
Ciñe á mi frente el lauro soberano,
¡Y entonces sí que adoraré la gloria!

1888.

N A D A

Stecchetti.

Emma, te dejo ya: me vuelvo á casa.

Tengo que separarme de tu lado;

Come y bebe sin tasa,

Y no te inquietes, todo está pagado.

—¿Qué tienes? Ven acá. Tu frente arde.

—Nada: lo que producen los excesos.

Las ostras de esta tarde

Y el hartazgo de mimos y de besos.

AL ENCONTRARTE

E. Panzacchi.

Al encontrarte, un sentimiento extraño
Me asalta, me sorprende y anonada.
¿Qué tienen tu sonrisa y tu mirada
Que me hacen tanto bien y tanto daño?

¿Qué tienen tu sonrisa y tu semblante
Que el torpe labio á definir no acierta,
Y que al verlos me encuentro vacilante,
Trémulo el corazón y la faz yerta?...

Quiero ceñirte en amoroso abrazo
Como el cerco que ciñe los altares,
Apoyar mi cabeza en tu regazo,
Olvidar mi tristeza y mis pesares;

Y muy cerca de ti, que tengo miedo
De que el mundo sospeche mi alegría,
Sobre tu corazón decir muy quedo:
¡Hazme creer en el amor un día!

1887.

OLAF

—

Heine.

I.

Hay frente al templo dos hombres
Envueltos en rojas capas;
Y son el Rey y el verdugo:
Ha mucho tiempo que aguardan.

Y el Rey al verdugo dice:
«Es la hora, coge el hacha;
Por los cánticos, parece
Que la ceremonia acaba.»

Sale de la iglesia el pueblo,
Y repican las campanas,
Y entre el cortejo brillante
Los desposados avanzan.

Ella del Rey es la hija,
Y está, cual la cera, blanca :
Él es Olaf; sonriente
Camina con firme planta.

Con la sonrisa en los labios
Se acerca al Rey, y le habla:
«Salve, mi suegro; muy pronto
Te daré cabeza y alma.

Moriré; pero mi vida
Hasta media noche guarda.
Quiero celebrar mis bodas
Con regocijos y danzas,

Y morir al dar las doce,
Cuando las luces se apagan,
La postrer copa se apura
Y el último vals se baila.

Vivir hasta entonces quiero;
Hasta media noche aguarda.»
Y dice el Rey al verdugo:
«Deja hasta las doce el hacha.»

II.

Ya termina el festín; Olaf, el bravo,
El que preside las nupciales fiestas,
Serenamente apura la dorada copa
En donde el vino añejo centellea.
En sus hombros se apoya sollozante
Una mujer de pálida belleza,
Y el verdugo á las puertas de la estancia
La media noche espera.

De las danzas escúchanse los sonos,
Y en los brazos de Olaf, la esposa bella,
Á la trémula luz de las antorchas,
En vals vertiginoso se cimbreo.

Es el último vals en el que gira,
Es el último vals á que se entrega;
Que el verdugo á las puertas de la estancia
La media noche espera.

Olaf en el salón resplandeciente,
De la esposa infeliz el talle estrecha,
Y llevando los labios á su oído,
Sólo esta frase á murmurar acierta:
«Tú no puedes saber lo que te quiero;
¡Qué helada debe estar la tumba negra!»
El verdugo á las puertas de la estancia
La media noche espera.

III.

«Olaf, las doce sonaron
Y de tu muerte es la hora;
Debes pagar con la vida—
Dice una voz temblorosa—
De la hija del monarca
La seducción y deshonra.»

Entonan los sacerdotes
Preces de misericordia;
El hombre de roja capa
El hacha luciente toma,
Y cerca del negro tajo
Impasible se coloca.

Olaf, cercado de lanzas
Y de rojizas antorchas,
Baja la gran escalera
Con la sonrisa en la boca,
Y de sus labios risueños
Aquestas palabras brotan:

«Bendigo en el espacio las estrellas
Que les dan á los cielos resplandores,
Y en el viento que lleva mis querellas
Bendigo á los alados trovadores.

Bendigo el mar y sus revueltas ondas;
Bendigo la campiña y la pradera,

Y la violeta oculta entre las frondas
Donde su azul pupila reverbera.

¡Ojos azules de mi bien amada!
Al morir por vosotros os bendigo,
Bendiciendo la selva perfumada
En donde ayer se la encontró conmigo.»

1885.

POEMAS ÍNTIMOS

LOS DOS SUEÑOS

I.

Ya lo ves, alcanzamos el bien distante.
Dime si hay en la tierra dicha ninguna
Como la que sentimos en el instante
En que tranquilo duerme sobre la cuna.

Míralo, se sonríe; será que sueña;
Lo que estará soñando no me imagino,
Que secretos tan hondos amor no enseña;
Lo que piensas al verlo, si lo adivino.

Al verlo sonriente plegar el labio,
Tu corazón de madre, de dicha lleno,
Si yo digo:—Mañana será muy sabio,
Replica con ternura:—Será muy bueno.

Y será las dos cosas, sí; ¿quién lo duda!
Tú formarás su alma dentro del nido;
Y estudiando de nuevo, yo, con tu ayuda
Le enseñaré hasta ciencias que no he sabido.

El hogar me sujeta con dulces lazos;
Mi amor se purifica, crece y se eleva;
Que al mirarle dormido sobre tus brazos,
Renacer me parece con vida nueva.

II.

No se va, se lo llevan callado y frío
En el fúnebre carro lleno de flores.
Ya no he de verte nunca, ¡pobre hijo mío!
Ya me dejas á solas con mis dolores.

Una mano funesta de aquí te arranca,
Serena é inflexible la caja cierra;
Esa caja mortuoria, pequeña y blanca,
Que pronto ha de ocultarse bajo la tierra.

Ya te alejas camino del camposanto,
Y el cielo está tranquilo, puro y riente;
Sólo la triste madre, bañada en llanto,
En la cuna vacía hunde la frente.

¡Padre del universo, Dios implacable,
No te pido clemencia, justicia pido
Sin hablar de mis penas, que soy culpable.
Ella y él, inocentes, ¿cómo han sufrido!

1889.

FANTASMAS

—Si es cierto, me dijiste conmovida,
Que abandonando su retiro eterno,
Suelen volver los muertos á la vida,
En las calladas noches del invierno;

Que si sufren, con voz aterradora
Demandan de los vivos las plegarias,
Y sólo á los reflejos de la aurora
Retornan á sus tumbas solitarias;

Si es cierto, y él viniera y profanado
Hallara el lecho que dejó vacío,
¡Qué dijera si al vernos, indignado
Pidiese cuenta del perjurio mío!

De cómo pude yo, falaz y artera,
Jurar que nunca de tu amor los lazos
El alma, que era suya, hallar pudiera,
Si me entregaba en tus amantes brazos.

Por eso tengo, de la estancia obscura,
Hondo terror que dominar no puedo.
No me dejes; la aurora aun no fulgura;
Aproxímate más, que tengo miedo.

Mira; con clara luz—¡luz importuna!—

Alumbra el cementerio de la aldea

Impasible y fatídica la luna.....

Túrbase mi alma y mi razón flaquea.

Porque al mirar el blanco campanario

Entre la sombra que proyecta el huerto,

Me parece que envuelto en el sudario

Se alza terrible el engañado muerto.

Y de sus pasos fingeme el rüido

El murmullo del viento entre las hojas.....

—Como tanto te quiero, no he reído,

Te dije, de esas fútiles congojas.

Los muertos nunca vuelven á la tierra;
Deja temores locos y pueriles,
Y olvida la patraña que te aterra,
Digna sólo de cuentos infantiles.

Sus miembros quedan en la tumba opresos;
Ni celos siente, ni el pesar le acosa,
Y ni al rumor de nuestros dulces besos
Alzar intenta la pesada losa.—

Sentí agitarse tu ardoroso pecho,
Olvidamos el triste camposanto,
Y unidos en la sombra, en lazo estrecho,
Busqué tus labios y enjuagué tu llanto.

Hoy mi huésped constante es el hastio,
Y hay en mi corazón tanta tristeza,
Que late enfermo y desolado y frío
Sin que haya encanecido la cabeza.

Ni esperanzas abriga en lo futuro,
Ni lo engañoso del pasado anhela:
La nieve de un invierno prematuro,
Más que la escarcha de la edad, nos hiela.

Sólo en noches de insomnio, entre la sombra
Donde la vista fatigada pierdo,
Se levanta un fantasma que te nombra:
Fantasma de tu amor es tu recuerdo.

No es un fantasma de pasados bienes,
De blanca veste y fulgurantes galas,
Que dé frescura á mis marchitas sienes
Con el contacto de sus níveas alas:

Más que la sombra es negro su ropaje;
Es su beso morboso ascua que quema;
Sus palabras de amor son un ultraje,
Y su presencia sola un anatema.

Cierro los ojos, cúbrome la frente;
Mas él lleva sus labios á mi oído,
Y me culpa de abrirte la pendiente
Del abismo sin fondo en que has caído.

Me cuenta tu abandono, tus desvelos,
Tus torpes dichas de mujer manchada.....
Y hasta que luce el sol sobre los cielos
No abandona el espectro mi morada.

Y ya comprende el alma conmovida,
Cuando la hiere el torcedor interno,
Cómo hay muertos que vuelven á la vida
En las calladas noches del invierno.

1886.

EN SECRETO

Y todo era propicio...
Confianza, y silencio,
Más que nada, tú misma
Quemándote en deseos:

Con las manos crispadas,
Los ojos entreabiertos,
Los labios encendidos
Mojados por mis besos;

En ardorosa angustia
Alzándose tu pecho,
Plétora de suspiros
Oprimiéndote el cuello,

Y palpitando entera
Bajo del traje suelto
Que en curvas tentadoras
Modelaba tu cuerpo.....

Bien haces en odiarme;
Hice mal, lo comprendo,
Y al decirlo me asalta
Retrospectivo vértigo:

Pensé en tus quince años,
Pensé en el noble viejo
Que me llamaba amigo
Y me juzgaba bueno;

Cruzó por mi memoria
Un terrible recuerdo,
Y antes que ser infame
Quise pasar por necio.

Pero hoy todo ha cambiado,
Pero hoy todo es diverso:
Eres rica, eres libre,
Llevas un nombre egregio,

Te alaban los más altos,
Te admiran los discretos
Aunque de ti refieran
Escandalosos cuentos:

Y ya que á tus rencores
Tregua diste un momento,
Y que ha poco al mirarme
Sonreíste de nuevo,

Apóyate en mi brazo,
Te lo diré en secreto...
Lo que dejé en las ramas
No recojo del suelo.

CONFIANZA EN DIOS.

Historia de un soldado.

¡Qué confianza la fe nos presta!

—Mira, la dije, solemne y muda

Allá en la torre la cruz enhiesta

Dice al que sufre que al cielo acuda.

¿A qué zozobras y á qué temores?

Ten fe, y espera siempre que reces:

Dios nos protege; por mí no llores,

Que el cielo ha oído tus justas preces.—

Callé, y su brazo ciñó mi cuello
Mientras lloraba por mi destino;
Besé la trenza de su cabello,
Y confiado tomé el camino.

Pasaron días, corrieron años;
Libre y gozoso llamé á su puerta,
Y me dijeron los desengaños:
«No te merece, dala por muerta.»

Volví á la lucha, y en tierra extraña
Dios, que es muy bueno, salvó mi vida,
Y he regresado de la campaña
Herido el cuerpo y el alma herida.

Y ésa es la torre, la cruz es ésta;
Mas ya no ofrece favor y ayuda.
¡Rotos los brazos se yergue enhiesta,
Y es como el alma que hirió la duda!

1889.

LA LEYENDA DEL BESO

I.

Ven, que la tarde muere, el sol declina,
De púrpura se tiñe la Alpujarra,
Enciéndese la estrella vespertina,
Vuelve al alero ya la golondrina
Y calla en el barranco la cigarra.

II.

El viento duerme en la arboleda oscura,
Pabellón de los plácidos senderos,
Y entre las ramas de gigante altura,
Las frases que te dice mi ternura
Las trinan en sus nidos los jilgueros.

III.

Ven, y sigamos por la senda agreste
Que aun guarda unidas nuestras propias huellas,
Que ha besado las orlas de tu veste:
¡Es templo del amor! con luz celeste
La iluminan temblando las estrellas.

IV.

No tardes; del encanto que te asombra
Es hora ya: la trémula enramada
Con voz de arrullo sin cesar te nombra,
Y es que hay almas ocultas en la sombra
Que esperan impacientes tu llegada.

V.

Entremos al Alcázar; frente al muro
Que enguirnalda musulímica leyenda,
Pronuncia las palabras del conjuro:
«Te quiero con el alma, te lo juro,
Y te doy este beso como prenda.»

VI.

Y á tu voz, de pasión estremecidos,
Para entregarse á la morisca zambra,
Surgirán los espíritus dormidos,
Como duermen las aves en sus nidos
Ocultos en los techos de la Alhambra.

VII.

El alegre murmullo que se acerca
Detrás de los floridos arrayanes,
Del limpio estanque perfumada cerca,
Es que agitan las ondas de la alberca
De Zoraya y de Fátima los manes.

VIII.

Sacuden al surgir las crenchas blondas,
Áureos velos de espaldas de alabastro,
Y del estanque en las revueltas ondas
Al copiarse los cielos y las frondas,
Es flor de luz entre el ramaje el astro.

IX.

Y brilla la marmórea columnata,
Sostén del arabesco policromo
Que oscilando en la alberca se retrata
Como un encaje de bruñida plata
Que en sus cavernas fabricara el gnomo.

X.

Despiértanse morimes y alaveses,
Los nazaritas salen de la Rauda,
Y en la sombra que marcan los cipreses
Se mira el centellar de los arneses
Y algún extremo de flotante cauda.

XI.

Por orden de fantásticos claveros
Las puertas del harem abre el eunuco;
Enciéndense en las salas los mecheros,
Y el humo de orientales pebeteros
Orla con gasas el labrado estuco.

XII.

Esmalta los gallardos alminares,
En caracteres cúficos escrita,
La historia de los reyes Alhamares,
Y deslumbra en la torre de Comares
La gloriosa epopeya nazarita.

XIII.

Tú sabes que esa rica filigrana
Que los muros decora y festonea
No es vano alarde de riqueza vana,
Que es un libro de gloria musulmana
En el que cada trazo es una idea.

XIV.

Y oirás por las caladas celosías,
Cuando mi intento cariñosa ayudes,
Kásidas amorosas de otros días
En que cantó Jathib sus alegrías
Al rítmico compás de los laúdes.

XV.

Su pupila en la sombra nos acecha:
Va á cantar á la rubia pensativa,
Como de nieves y de brumas hecha,
Turgente el busto y la cintura estrecha,
Que siendo soberana es mi cautiva.

XVI.

¿Que cuál es el origen del encanto?
Larga es la historia. ¿Conocerla quieres?
Es el beso de un muerto, causa espanto.
¿Para qué hablar de celos y de llanto?
Hablemos del amor: dí que me quieres.

XVII.

¿Por qué tiembla tu mano entre la mía?
Cuando así á mi reclamo te resistes,
¿Es que olvidaste el venturoso día
En que por vez primera la alegría
Se presentó en la «Senda de los tristes?»

XVIII.

Nadie nuestros coloquios importuna;
¿Por qué inquieta me miras? ¿Quién te roba
La dulce calma que al placer se aduna,
Si en las arcadas filtrase la luna
Como la luz en la nupcial alcoba?

XIX.

¿Que no es cierto el prodigio? Pues por eso
Déjame que lo invente y que lo cante,
De tu rubia cabeza bajo el peso,
En el poema rítmico del beso
Que escriba con mi labio en tu semblante.

XX.

Bésame con tus labios carmesíes,
Mientras tus ojos, como el cielo azules,
Me miran entornados... ¿sí? sonrías...
¿Qué me importan amores de zegríes,
De muzas, de gomeles y gazules?

Granada, 1890.

EN TU AUSENCIA

¡Cuán sola y triste la dejó tu ausencia!

Es un nido sin aves la morada

Que alegró tantas veces tu presencia.

Nada ha cambiado en su recinto, nada;

Toda la llenas tú, toda te nombra,

Que está de tus recuerdos impregnada.

Percibo tus contornos en la sombra,
Y oigo crujir tu traje, que remeda
Rumor de besos al rozar la alfombra.

Hay un tapiz, que guarda entre la seda
Del olor de tu cuerpo la fragancia
Que perfumando mi memoria queda.

Dispersos en los muebles de mi estancia
Miro la carta por tu mano escrita,
Testimonio de amor y de constancia;

La mustia y deshojada margarita;
La cinta azul con que ceñiste el cuello
Y que olvidaste en la postrera cita;

La blonda redecilla de cabello,
Que sujetó las hebras luminosas
Que al mismo sol robaron un destello:

Y estas reliquias háblanme amorosas
De una vaga tristeza, en el lenguaje
En que se queja el alma de las cosas.

Al moverse el pesado cortinaje
Escucho de tus pasos el rüido;
Juzgo que es sueño el prolongado viaje;

Y el corazón detiene su latido,
Verte de nuevo en el umbral espera
Para decirte entonces al oído:

—¡Cómo te merecí, de qué manera
Tú, para todos desdeñosa y fría,
Me entregas sin temor el alma entera!

Y al mirarte en mis brazos, ¡quién diría
Que la escultura modelada en nieve
En lágrimas de amor se deshacía!—

Pero se esfuma mi ilusión en breve:
Mira el viejo reloj la vista absorta,
Ya el palpitar mecánico no mueve

Las áureas manecillas; y ¡qué importa!
Las horas de la espera son muy largas
Y el que las mide nunca las acorta.

Todas me abruman en tremendas cargas,
Y de ellas quiero sustraerme en vano,
Que son más lentas cuanto más amargas...

Ven pronto, que te espero. Ya en el piano,
Que en el atril conserva la sonata
Que aquella tarde descifró tu mano,

Me parece escuchar la catarata
De notas argentinas, y á su hechizo
Mi corazón de nuevo se dilata.

Cobra fuerzas mi espíritu enfermizo;
Abre sus alas, vuelve á lo pasado:
¡Siente el amor que tan feliz le hizo!

Ese amor tan oculto y tan callado,
Que burlar pudo la sagaz insidia,
Y á la turba mordaz no le ha dejado
Ni el placer miserable de la envidia.

1890.

NO ES RARO...

No me entiendes, no es raro,
Ní yo mismo me entiendo;
Mil veces me pregunto
Si es que soñando estoy, ó estoy despierto.

¿Cómo y de qué manera
Á esta infame pasión vivo sujeto,
Y encadenas mi espíritu con llanto
Y mi carne con besos!

Indignado, al sentirlo,
Á sacudir los grillos me resuelvo;
Mas son de bronce y me lastimo en vano
En inútil esfuerzo.

Y tengo que ser libre,
Porque no soy un vil, y lo merezco:
Yo extirparé con mano vigorosa
Este cáncer moral que llevo dentro.

Pero sábelo bien, sábelo y ríe,
Sírivate de venganza y de consuelo;
Dichoso no he de ser, porque en el alma
Tendré la cicatriz de tu recuerdo.

Antes en los combates de la vida,
Aun en la lucha, me juzgaba bueno:
Tú me has hecho saber lo que es el odio,
Lo que es la ira y lo que son los celos.

Pero ¿lloras?... ¡Perdóname!... ¿Me quieres?
No le digas á nadie mi secreto,
Hago bien la comedia de la vida
Y todos los demás me juzgan cuerdo.

1888.

ÍNDICE

ÍNDICE

Páginas.

CONFIDENCIAS.

Mi musa	11
El placer de los dioses	15
Estancias.	17
Célula y hoja	21
Paisaje.	23
De mis recuerdos	25
Gladiatorie	29
Último amor.	31
Creer y amar	35
Ideales.	37
Al vuelo	39
Háblame	41
Á solas.	43
Espíritu y forma	45
En voz baja	47
Vibraciones	51
Otoñal	55
¿Para qué?	57
Lo imposible	59
Pórtico.	61
Et nunc et semper.	65

	Páginas.
P ARÁFRASIS.	
¿Qué importa?	71
La Margarita	73
Póstuma	75
Hielo	77
La Gloria.	79
Nada	81
Al encontrarte	83
Olaf.	85
 P OEMAS ÍNTIMOS.	
Los dos sueños.	95
Fantasmas	99
En secreto.	107
Confianza en Dios.	111
La leyenda del beso	115
En tu ausencia	127
No es raro	133



318983

Author Icaza, Francisco A. de

45

1153e

Title Efimeras.

DATE.

NAME OF BORROWER.

University of Toronto Library

**DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET**

Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED

